
“Mi” sopa y “mi” tortilla

Liliana del Valle Camuzzi

Siempre sentí que las casas de mis abuelos, paternos y maternos eran especiales, quizás porque, entre tantos hermanos que formábamos mi “familia numerosa”, al estar en ellas, pasar unos días allí, me transformaba en una persona única entre tantas atenciones, mimos y cariños. Era yo la protagonista en aquellos “palacios” que fueron en mi infancia, la casa de “la” Abuela Perlita y la casa de “la” Abuela Charo.

----- *“Mi” sopa y “mi” tortilla.* -----

No quiero decir que mi hogar no haya sido también especial, pero con seis hermanos, verdaderamente no había tiempo para aquellos momentos, aunque sé que mis padres dieron todo por ofrecernos una vida orientada por el valor de la palabra y el sacrificio de la entrega.

Muy distintos eran mis abuelos, a los maternos los tuve vivos hasta la llegada de mi segundo y tercer hijo; Perlita y Asdrúbal. El, ejemplo de oración y santidad... así literalmente como lo expreso y ella, abarcadora, posesiva y alegre, como una gallina queriendo tener a toda su numerosa familia bajo sus alas protectoras. Los paternos, humildes y sencillos. “El” Abuelo Arturo se fue cuando yo era aún muy pequeña pero, por el recuerdo construido por mí a través de dichos de mi padre y mi madre, fue símbolo de humildad y trabajo duro. La madera lo representa pues era carpintero. “La” Abuela Charo con su fuerte personalidad un poco “loca”, constituyó para mí un bálsamo en muchos momentos de mi vida.

Bien opuestas eran las dos abuelas, una flaca y una gorda; la primera de condición humilde, la segunda decía venir de no sé qué doble apellido forjado en la época regia de la Córdoba- aldea de su tiempo. Con ella aprendí de coquetería, cremas, perfumes, de pinturas de uñas, de dulces consejos de amor, de oraciones a Dios y a su Madre. ¡Me hacía sentir una princesa! Con la Abuela Charo aprendí a tejer ¡a pesar de ser yo zurda!, también a coser. La vi muchas veces hacerme hermosos vestiditos y blusas, agachada sobre la máquina de costura a palanca...

Ambas me enseñaron a orar, pedir, agradecer, a poner en Dios mi confianza. Creo, sin dudas que de ambas y de mis abuelos heredé mi tan característica espiritualidad y abandono a la Providencia...

Pero hay “algo” que de ellas recuerdo con tanto amor y cariño: LA SOPA DE ARROZ DE la Abuela Perlita y la TORTILLA DE PAPAS de la abuela Charo... Tomar la sopa en la bella casa de Nueva Córdoba era toda una experiencia; ¡si hasta me parece sentir el aroma! Esto mueve alitas de nostalgia en mi corazón y al recordarlo hoy, no puedo evitar un nudo en la garganta... Ritual mágico y sagrado, como el del hombre prehistórico y su vida cotidiana. Todo empezaba temprano, cuando, entre secretos dichos a media voz, me preguntaba qué quería comer y yo, acostumbrada a no opinar y aceptar lo que había para toda la tropa de mi familia, abría los ojos grandes y con alegría respondía: -¡sopa de arroz!-... Así comenzaba ese sabroso rito que marcó mis

días de niñez. Me parece escuchar a la Abuela “arrastrar las chancletas” al ir entre la cocina y el comedor de exquisitos muebles estilos Luis XV, llevando su voluminosa humanidad de aquí para allá. El pollo, sustento de la sopa, era limpiado con cuidado para ir a parar a la enorme olla a vapor, a la que se agregaba luego las verduras: papas, zanahorias, cebolla, nabo, zapallo, acelga y ¡hasta perejil!, a pesar de la opinión de mi madre. Luego, el arroz. Todo comenzaba a hervir, soltando olores que tengo grabados en mi memoria. ¡Qué placer!, ¡qué reina me sentía!... ¡qué dueña de la situación!

Aquellos aromas digo, se mezclaban con la aún fresca brisa del invierno ganado poco a poco por la primavera. Nunca olvidaré aquel frío placentero, colándose en el comedor, cuando ella entraba o yo iba a la cocina, que se encontraba cruzando un pequeño patio. También éste, era protagonista pues estaba cubierto de “uvas ausentes” que el verano se encargaría de madurar, para deleite de los nietos, los que éramos entonces, el terror del abuelo.

Estos preparativos, mezcla perfecta de aromas, sabores y ruidos de cucharas, tenedores, de espumadera golpeando la olla al revolver tan preciado manjar, anticipaban el momento sumo y mágico de la sopa servida... Entraba ella toda inmensa, con su batón que dejaba ver la tira caída del corpiño, llevando la sopera a una mesa con mantel, platos y vasos acordes a la ocasión. El abuelo a la cabecera, y yo, una de tantas sintiéndome la más feliz del universo. ¡Cómo la removía en su cuenco, cómo llenaba el cucharón haciendo ruiditos!; -¡el humito!- decía yo para mis adentros, impregnando todo de olorcito que sólo allí sentía de ese modo, y lo que más me agradaba, la montaña de queso rallado que tan generosamente coronaba el delicioso manjar. Tomarla era por supuesto parte importante de aquel rito: el Abuelo bendiciendo con una oración los alimentos, la Abuela sirviéndole primero a él, aún que el invitado hubiese sido el mismísimo gobernador y yo, esperando para llevarme a la boca aquella sopa que tanto había esperado...

Es curioso, pero nunca más volví a saborear una como aquella, que me hacía sentir sólo... la única nieta, la única hija...

A la Abuela Charo la recuerdo hoy también por una comida: tortilla de papas. Era para mí una delicia poder elegir el plato favorito. De él no tengo tan presente el aroma, sino los colores y la forma redonda casi perfecta de la tortilla terminada... Luego del obligado mate cocido y leche, pan y dulce, ella iba a su humilde cocina y comenzaba otra vez, un rito: papas bien lavadas, secas y

cortadas prolijamente en bastones que freía en aceite caliente y chillón. El dorado de los trozos me fascinaba, observando cómo aquel espeso líquido hacía piruetas, produciendo solo en mi creativa imaginación, no sé qué extrañas formas saltarinas.

Escribiendo hoy, pienso que siempre he descubierto bellas formas en los más insólitos lugares: manchas de humedad, ramitas, el agua derramada en el piso, el granizo al caer en una calurosa tarde de verano...

A diferencia de la sopa servida en invierno, la tortilla era comida de cualquier época del año y recuerdo con ternura, cómo nos sentábamos bajo “el cielo de uvas chinche” del patio, a saborearla, sintiéndome mimada y otra vez, única y especial cuando ella me acariciaba, preguntándome si me había gustado...

Es extraño, pero nunca había pensado cuánto cariño, cuánta alegría y cuánta nostalgia por el tiempo ido, me invade al recordarlo. También pienso que se iba forjando en mí el amor al arte y el desarrollo de los otros lenguajes tan incorporados en mi personalidad: el gestual, el sonoro-visual, el olfativo, en fin, el lenguaje del amor y la entrega...

Quizás sea por ello que, aunque no soy amante de la cocina, hago para ellos, para mi Amor y nuestros Cuatro Amorcitos, lo mejor cuando preparo la comida, a veces, solo con algo de cebollas y otras verduras, pero con “buenos condimentos”, aromas y gustos que la hacen especial y, aquellos otros que la transforman en platos de “palacios, reinas y princesas” aunque no tengan caviar o faisán.

Son los sabores que aprehendí de mis queridas abuelas: LA SOPA DE ARROZ Y LA TORTILLA DE PAPAS... Ellas y sus “ritos” me enseñaron también, que la vida vale la pena...
